

La Universidad y la cultura (Tomado de *En los jardines de Academo*)

Sarbelio Navarrete
Universidad de El Salvador
Rector 1936-1939

Resumen del editor

La conferencia que sigue fue pronunciada por Sarbelio Navarrete en la apertura de la Universidad de El Salvador, el 15 de febrero de 1934, cuando todavía no era rector. Sin embargo, el docente de la Facultad de Derecho Sarbelio Navarrete se destacaba por sus dotes intelectuales y su vocación como maestro. Su tesis doctoral es un ensayo sobre el Estado Centroamericano, aplicando la doctrina del materialismo histórico de Marx, que él escribió antes del triunfo de la Revolución Rusa.

Fue subsecretario de Instrucción Pública, juez general de Hacienda y rector de la Universidad de 1936 a 1939, cargo que tuvo que dejar cuando el General Maximiliano Hernández Martínez suprimió la autonomía universitaria.

Palabras clave:

Cultura, función cultural, Universidad

Abstract from the publisher

The conference that follows was delivered by Sarbelio Navarrete at the opening of the University of El Salvador, on February 15, 1934, when it was not yet president. However, the professor at the Faculty of Law Sarbelio Navarrete was noted for his intellectual gifts and his calling as a teacher.

his doctoral thesis is an essay on the Central State, applying the doctrine of historical materialism of Marx, even quites the triumph of the Russian Revolution. He was undersecretary of Education, General Judge of Finance and President of the University from 1936 to 1939, a position he had to leave when the General Maximiliano Hernandez Martinez abolished university autonomy.

Keywords:

Culture, cultural function, University

Señor Ministro de Instrucción Pública;

Señor Rector de la Universidad;

Señor Presidente de la Corte Suprema de Justicia;

Señores representantes de la Asamblea Nacional;

Señoras, señores:

Dentro de pocos años, en 1941, se cumplirá un siglo de la fundación de nuestra Universidad. Cuando llegue el día de la celebración de este centenario, que indudablemente será solemnizado con la magnificencia que se merece, habrá entonces oportunidad de hacer el recuento y la evaluación de lo que para la vida nacional, para la cultura y el progreso de El Salvador ha representado este alto centro educativo en el transcurso de una centuria.

Nuestra Universidad, por su estructura, por su índole y sus tendencias, no difiera de las otras universidades indolatinas establecidas durante la Colonia o surgidas a raíz de la Emancipación. Como ellas, tiene sus deficiencias, sus vicios de origen; como algunas de ellas no llena todavía la misión que le señalan y exigen los actuales tiempos. Pero habrá de reconocerse que la Universidad Nacional no ha permanecido estacionaria desde su fundación; antes bien, ha vivido siempre con el oído atento a los

más avanzados movimientos intelectuales de la época, laborando en aspiración constante y silenciosa por superarse, hasta donde le ha sido posible, en medio de las asperezas y de las tristes realidades de nuestro ambiente. **Alma máter**, madre augusta y nutricia, que ha llevado en sus flancos a más de tres generaciones, de nuestra Universidad han salido académicos de valía, profesionales que en otros tiempos dieron brillo a El Salvador con las luces de su inteligencia; también hombres cabales, hombres de honor y de carácter que dignificaron la democracia y supieron en horas críticas de nuestra historia evitar el descrédito de las instituciones republicanas.

De las Universidades de América, se ha dicho, salieron los libertadores, los emancipadores, los que hicieron la revolución ideológica en estas nacionalidades, preparadora de la revolución práctica; de allí salieron los constructores de estas Repúblicas, los que en la vorágine de las guerras civiles que siguieron a la Independencia lograron muchas veces refrenar las violencias del caudillaje contra la libertad, al mismo tiempo que echaban las bases del Gobierno de los Estados. Este aspecto de la acción universitaria, por cierto de los más decisivos en la formación política de los pueblos hispanoamericanos,

deberá tomarse muy en cuenta entre nosotros por la parte que toca a la Universidad Nacional en el desarrollo histórico salvadoreño.

Universidad la nuestra, puramente del Estado y de tipo esencialmente profesional, como sus similares de la América Latina, ha tenido como ellas que seguir su trayectoria evolutiva para convertirse en un organismo autónomo dentro del Estado, y habrá de luchar, so pena de quedarse a la zaga y degenerar en un mecanismo inerte y rutinario, por llegar a ser lo que realmente debe: no solamente un conjunto de escuelas profesionales, sino, ante todo y sobre todo, una institución de alta cultura, el primer centro mantenedor y difusor de la cultura en el país.

El honorable Consejo Superior Universitario ha tenido a bien comisionarme para llevar la palabra oficial en este acto con que la Universidad inicia solemnemente sus tareas en el presente año. He aceptado ese honor, no solo por el deber de aportar mi modesto contingente intelectual a este Instituto que me dio una profesión, sino por cariño a este mismo centro, donde quedaron los más gratos recuerdos de mi vida estudiantil. Tema de mi conferencia es la Universidad en sus relaciones con la cultura. Un tema serio, lo comprendo, tema profundo y complicado, para cuyo

desarrollo carezco de la suficiente preparación; pero me ha parecido conveniente insinuarlo siquiera, como asunto que es de actualidad, como la cuestión palpitante de nuestro siglo, a la cual la Universidad de El Salvador no puede ser extraña, ya que, por el contrario, las modernas Universidades aspiran a ser los más completos laboratorios de esa misma cultura. La brevedad del tiempo de que dispongo para ocupar vuestra atención es favorable a mi propósito. Puedo así enunciar someramente ideas que no sabría desarrollar con la amplitud necesaria.

No son las Universidades las solas instituciones creadoras de cultura ni centros culturales por excelencia. Creadores de la cultura de un país son sus pensadores, sus filósofos, sus sabios y sus literatos, sus poetas y sus artistas, sus hombres de estudio, sus investigadores. Ellos son como el espíritu de esas vastas agrupaciones humanas que con el nombre de naciones viven e históricamente evolucionan en determinados puntos del planeta. Ellos habrán podido formarse dentro o fuera de las Universidades; pero, en todo caso, su obra constituye el acervo cultural que las Universidades están llamadas a conservar y a difundir como el más preciado tesoro de un pueblo,

como la más rica herencia que pueda legarse a sus descendientes. De esos grandes creadores de cultura reciben las Universidades hábitos renovadores de vida, como esas ráfagas de viento sano y fresco que sopla de las campiñas y viene a enriquecer de oxígeno el ambiente de las ciudades.

Nosotros no podríamos enorgullecernos de poseer una cultura elevada, muchos menos una cultura propia. Somos un pueblo nacido ayer no más, puede decirse; un pueblo mal administrado, a tientas dirigido, un pueblo en que muchas veces la pública instrucción ha sido cosa secundaria, más bien decorativa que fundamental en la actuación de nuestros gobiernos. Por otra parte, con sus múltiples e intrincadas complicaciones, el engranaje administrativo del Estado, más que un factor eficiente, viene a ser muchas veces un obstáculo para el libre desenvolvimiento de las aptitudes individuales. "El Estado, dice el Dr. Ernesto Nelson, se convierte en el adversario más decidido del que aspira a educarse, merced a la multiplicación de trabas y requisitos". Esta observación del eminente pedagogo argentino es mucho más grave para nosotros, si consideramos que en los últimos tiempos la enseñanza popular se ha vuelto tan dificultosa, que más pareciera existir un plan preconcebido

para impedir que la instrucción sea accesible a los hijos de familias desprovistas o escasas de fortuna, que son las que forman la mayoría de nuestro pueblo.

Personas desinteresadas, sin duda, pero que pensaban desde un falso punto de vista, propagaron entre nosotros la opinión, hace ya algunos años, de que para el Gobierno es obligación constitucional únicamente impartir la primera enseñanza. Con este criterio, no solo las escuelas primarias continuaron como siempre escasamente atendidas: también la enseñanza secundaria fue vista sistemáticamente con indiferencia, con hostilidad a veces; lo cual ha tenido que repercutir de modo desfavorable en nuestra Universidad, y, por ende, en la cultura general del país. Esto se ha sostenido aquí donde los medios educativos son tan deficientes; se ha sostenido precisamente cuando en Europa se proclamaba por los educadores, y hasta como punto del programa político de un partido, el principio civilizador de que la segunda enseñanza debe ser para todos.

A los menos observadores no se les oculta que, de un tiempo a esta parte, nuestro nivel cultural ha descendido de manera notable. Causas muy profundas podrían señalarse como originarias de tal descenso, acaso no peculiares a no-

sotros, sino generales, y que han hecho el caso en la cultura universal contemporánea; pero, concretándonos a El Salvador, que es lo que más de cerca nos interesa, tal vez no estaríamos equivocados si indicáramos como uno de los primeros motivos de la crisis que en la actualidad padece nuestra cultura el hecho de que la educación popular, en todos sus ramos, jamás ha ocupado puesto preferente, y, más bien, cada día ha venido siendo relegada a un plano de inferioridad con relación a los otros servicios propios del Estado.

Base de toda cultura es la ilustración y esta no se adquiere sin una instrucción preparatoria suficiente. El problema de la cultura es un problema de pedagogía nacional, pedagogía que actúa desde el kindergarten y la escuela primaria, pasando por los colegios de segunda enseñanza, hasta la Universidad. Y la Universidad es, ante todo, el superior plantel educativo de la nación. Su misión no es solamente hacer médicos e ingenieros, farmacéuticos, dentistas y abogados; no solamente garantizar la competencia y honestidad de quienes se dedican al ejercicio de esas profesiones. Su más importante misión es dar a la patria hombres cultos en la genuina significación del vocablo: hombres de verdadera cultura moral e intelectual que irán

a formar en primera fila entre las clases directoras y deberán poner el caudal de sus conocimientos especialmente al servicio del pueblo. "Mientras vivan millones de pobres en el hambre y la ignorancia, a todo aquel que haya recibido educación a sus expensas le consideraré como un traidor si no se preocupa por ellos", dijo ese poderoso espíritu hindú que fue Vivekananda.

El diploma de doctor ha sido hasta ahora título de distinción social y certificado de sabiduría. Quien logró obtener un título doctoral se colocó por ese mismo hecho en situación privilegiada sobre aquellos que, desgraciadamente, quedaron en la sombra sin poder adquirir instrucción ninguna. Muy legítima es la aspiración de un padre de familia a que sus hijos rebasen el común nivel, a que superen su condición y alcancen alguna figuración en la sociedad; pero la cultura ya no puede ser un privilegio de clase ni menos constituir un medio más de explotación humana. No negamos la existencia ni la necesidad de jerarquías sociales; mas a éstas no las concebimos como derechos exclusivos sobre los inferiores, sino más bien como deberes para con los mismos. A quien más se le da, más debe exigírsele. Tampoco negamos la existencia de elites intelectuales, antes bien reconocemos la necesidad de que

las haya; pero el nuevo ideal de la cultura es que ella debe extenderse a todos los gremios, a todas las clases, a todos los individuos.

Antes, en el concepto vulgar, el doctor era un sabelotodo; su diploma lo autorizaba para decidir sobre toda materia opinable y a desempeñar todos los papeles posibles. El doctor era sabio, era literato, filósofo, orador y hasta poeta si lo apuraban. En la diferenciación de actividades personales y sociales a que hemos llegado, la Universidad no puede ya producir hombres omniscientes ni comodines para todos los gustos. Se limitará a formar verdaderos expertos en la facultad a que su vocación los llame; pero pondrá como base de su enseñanza profesional especializada un fuerte lastre de cultura general, de esa cultura sin la que un profesional, por perito que sea, él mismo habrá de sentir la necesidad, como de algo vital que le falta, y vendrá a ser como el ave a la que hubiesen cercenado un ala... Esa cultura ha de servirnos no solo para dirigir nuestra propia vida, sino además para poder orientarnos en los grandes problemas que agitan al mundo contemporáneo.

En la época del dominio español la provincia de San Salvador no significó gran cosa en el retardado movimiento intelectual de la antigua Capitanía. España no se cuidó de intensificar su cultura en esta pequeña región centroamericana. Guatemala fue el centro cultural privilegiado de la Colonia. A la Real y Pontificia Universidad de San Carlos, de la capital guatemalteca, acudían de San Salvador quienes estaban en posibilidad de realizar sus aspiraciones de enriquecer su inteligencia con los conocimientos más avanzados de aquellos tiempos. Alcanzada la Independencia, El Salvador quiso completar la suya en el terreno de la cultura. Nuestra Universidad surgió pobre y rudimentaria, naturalmente, veinte años después de proclamada la emancipación política, cuando las Provincias Unidas acababan las sangrientas luchas de la Federación y se producía la balkanización de Centro América, que fue el más desastroso destino que pudo acontecernos al solo comienzo de nuestra vida independiente.

Al separarse de España, las jóvenes nacionalidades que se formaron a consecuencia de ese magno suceso, cifraron sus más altos ideales en establecer la libertad política, fomentar la cultura y explotar sus propios recursos naturales para crearse una base de

prosperidad material. En la lucha por la realización de esos ideales, El Salvador ha tenido también sus héroes del pensamiento y de la acción, y ha contado con el carácter laborioso, amante de la instrucción y eminentemente progresista de nuestro pueblo. No sabría decir si en fin de cuentas, en la etapa evolutiva a que hemos llegado, nuestras fuerzas morales han sido sobrepajadas por nuestro desenvolvimiento económico, si los intereses materiales han sofocado como una cizaña el florecimiento de nuestro mundo espiritual, si la libertad soñada por los fundadores de la República ha sido nada más una hermosa quimera. Yo soy un optimista; yo creo que la obra de quienes nos dieron una patria no ha sido un fracaso; sigo creyendo que la cultura, la cultura moral e intelectual, debe ser nuestro guía, nuestra salvación y nuestra esperanza. Creo que la Universidad es, más bien, debe ser un factor de los más eficaces en el engrandecimiento de la vida nacional. Y deberá serlo, no como simple proveedora de doctores, sino como forjadora de hombres de superior cultura.

¿Qué cosa es, pues, la cultura? *Geórgica ánimí* la llamó Bacon, *geórgica del espíritu*: frase gráfica que da la idea de cultivo, como el de la tierra; idea de laboreo del campo, de afanoso trabajo sobre

terreno preparado para que rinda frutos. Cultivo del espíritu, no de la materia; por donde la verdadera cultura viene a significar labor constante por nuestra perfección moral e intelectual; cultivo de los verdaderos valores que dan precio a la vida. La cultura es, ante todo, individual; extiéndose luego a las colectividades humanas. He preferido siempre la cultura personal a la social; es decir, he aceptado el concepto individualista de la cultura, anteponiéndolo a la cultura social como superior a esta y más efectiva; sin desconocer por esto que la cultura se ha hecho principalmente para difundirse y penetrar hasta los más apartados ámbitos sociales, de manera que pueda llamarse culta una nación donde lo es la mayoría de los individuos que la componen. Labrar nuestro propio espíritu es formarnos una personalidad; labrara el espíritu de nuestro pueblo, trabajar por la cultura nacional sería darle personalidad a nuestra patria, darle un sentido de vivir, una conciencia. No es posible que una nación vaya al azar como nave al gareté; no es posible que marche sin saber de antemano adonde se destina. Es función de las Universidades, en todos los países, preparar hombres aptos para la mejor dirección de la vida pública. Cultura no es sinónimo de ilustración ni de educación literaria,

aunque lo parezca; pero las comprende a ambas, pues la cultura superior es instrucción variada, al mismo tiempo que una ética y una filosofía. Sin un concepto claro de las cosas, sin ideas generales organizadas, sin una dirección fundamental en nuestra existencia, no puede decirse que poseamos una cultura completa. Muchísimo menos la cultura es personal adorno ni elegancia social. Para dar aquí una definición perentoria, lo más concisa y exacta, podríamos decir con Ortega y Gasset que "cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento". O como define Keyserling: *la forma de la vida como inmediata expresión del espíritu*. Ahora, apuntemos de paso que nuestro concepto de la cultura es unitario; la cultura abarca todos los valores humanos: los valores morales, estéticos, religiosos, históricos, políticos, jurídicos y económicos, aquilatados por la ciencia. La cultura debe ser, pues, científica.

El doctor Nelson, antes citado, reprocha como defecto capital a las Universidades hispano-americanas el ser unilaterales, es decir, profesionales únicamente, en lugar de ser a la vez culturales. Llevan, en su concepto, nuestras Universidades el vicio radical de haber profesionalizado la cultura,

de haberla convertido en sinónimo de carrera profesional, de eficiencia técnica. En realidad así es. Otra tacha que pone el doctor Nelson a nuestros sistema educacionales es haber organizado la instrucción popular en grados superpuestos, como los pisos de un edificio, en que el inferior lo ocupa la escuela primaria, el medio la secundaria y el superior la universitaria o profesional; de modo que los dos pisos primeros no tienen más finalidad que ser como peldaños para llegar a la Universidad, y quien no pudo subir hasta aquí, se quedó sin adquirir una cultura suficiente y postergado en categoría social.

Las nacientes nacionalidades de la América Hispana, la primera necesidad que sintieron al conquistar su independencia, dice el mismo ilustre profesor refiriéndose a la Argentina, fue improvisarse una civilización, una cultura. Igual cosa podemos decir de El Salvador, con mayor razón, por muchos motivos. El Salvador se vio urgido a formar hombres para que organizaran y dirigieran la naciente República, urgido a improvisarlo todo en materia educacional en medio de la anarquía revolucionaria. Quienes erigieron nuestra Universidad no lo hicieron para formar una clase privilegiada, sino para dar lustre y dignidad a la democracia. No podíamos entonces, ni aún

ahora, poseer una cultura nacional propia; pero debíamos tener alguna, cualquiera que fuese. Y su primera manifestación, como la de toda cultura, fue la ilustración más o menos densa y brillante, adquirida por medio de la instrucción. Como el doctor universitario era quien había recibido mayor instrucción, puesto que había llegado a coronar una carrera, el doctor era el hombre que todo lo sabía y lo podía todo. No podía ser de otra manera; no hay saltos en el desarrollo intelectual del individuo y de las sociedades, como no los hay en la naturaleza. Como la cultura se confundió con la instrucción y esta alcanzó su máxima expresión en la técnica profesional, la Universidad fue el centro generador por excelencia de esa cultura profesionalizada.

Mas llegó el momento en que la Universidad hubo de concentrar sus actividades a fin de poder cumplir con mejor eficiencia su misión primordial: formar verdaderos profesionales, exclusivamente preparados para ejercer con acierto su profesión, dejando, mientras tanto, a la iniciativa particular del estudiante y del académico diplomado adquirir una cultura general y formarse su propia cultura. Nuestra Universidad ha avanzado gran trecho en el sentido de la enseñanza profesional. Fueron

primeramente los abogados quienes llevaron la delantera, ya que es la clase que está en más inmediato contacto con la cosa pública y con la administración de la justicia. A ellos siguieron los médicos. Con la fundación del Hospital Rosales la Facultad de Medicina tomó tal incremento que no sería exagerado decir que nada tiene que envidiar a las mejores de Centro América. Se han creado después otras facultades no de menor importancia. Pero lo que quiero decir en concreto es que aún la misma enseñanza profesional es hasta ahora deficiente, desde luego que carece nuestra Universidad de profesores especializados. Tampoco tenemos ese "núcleo cultural" de las Universidades, que es la Facultad de Filosofía y Letras. Ni hay que decir que estamos lejos, pero remotamente lejos, de contar con una Escuela Normal Superior o con una Academia de Altos Estudios.

Conviene advertir, sin embargo, que cualquier innovación festinada, sobre todo en la enseñanza, si no es perjudicial, es por lo menos tiempo perdido, energía gastada inútilmente. Toda reforma en la enseñanza debe hacerse de verdad, es decir, sobre la realidad, a conciencia y en serio. No importa que esa reforma sea exigua: ella será grande si responde a las posibilidades del momento. De lo

contrario, innovar solo por innovar sería caer en el charlatanismo; todo se volverá farándula, pedantería, exhibicionismo, que en definitiva no conducen a nada sólido y perdurable. Y, cuando sucede, como entre nosotros, que esas posibilidades para el anhelado engrandecimiento de nuestra cultura son muy pequeñas, no estarán de más repetir el célebre aforismo de Leonardo da Vinci, recordado por Ortega y Gasset: "El que no puede lo que quiere, que quiera lo que puede"...

¿Habrá llegado también para nuestra Universidad el momento de enfocar de lleno el tema de su función cultural, a fin de ser lo que antes hemos dicho, lo que debe ser necesariamente para ponerse a tono con los demás centros educacionales de su índole: Universidad no solo profesionalista, sino término a la vez, complemento e integración de la cultura general?... Entendiendo la cultura en su sentido corriente, como perfeccionamiento individual por medio de una más amplia adquisición de conocimientos, es claro que nuestra Universidad debe completar en sus aulas, ensanchar y profundizar la suma de conocimientos que el alumno haya recogido a su paso por la escuela elemental y el colegio de instrucción secundaria. Debe acrecentar esa cultura preparatoria, al mismo tiempo que encauzarla y diri-

gírla para que cumpla sus fines humanos, para que llegue a constituir la base de la verdadera cultura.

Pero aún esa instrucción preparatoria para el acceso a la Universidad es entre nosotros deficiente. Yo no digo nada nuevo; solamente consigno aquí lo que todos sabemos y que más de una vez se ha intentado remediar. El alumno llega a la Universidad con un bagaje científico y literario bastante pobre, el cual le servirá, si acaso se empeña en aprovecharlo, como lastre cultural de la carrera a que se dedique. La Universidad no podrá enriquecerlo, porque carece de profesores, carece de elementos para ello. La Universidad no sabría otra cosa, en ese campo, que hacer repetir al alumno, en ejercicio inútil y fatigoso, lo mismo que medianamente pudo asimilar en los estudios para el bachillerato. Esto no debe continuar así. Todos sentimos la necesidad de una reforma desde los mismos fundamentos de la educación nacional. Esta reforma será lenta, pero debe hacerse. El solo hecho de sentir su necesidad es ya un principio de renovación.

Creo que no podría modificarse sin peligro la estructura general ya consolidada del edificio de la enseñanza pública. Los tres pisos de que se compone —instrucción primaria, secundaria y superior— tienen que conservarse, porque esa

arquitectura es lógica, es racional, pues va de lo simple a lo compuesto, de lo elemental a lo complementario. La primera y segunda enseñanza seguirán siendo preparatorias para la superior y profesional; pero no simplemente preparatorias, sin una íntima conexión entre sí, como planchas yuxtapuestas de una maquinaria, sino como partes vivas de un todo orgánico. "Entre las escuelas de la república hay grados, pero no barreras", dijo Lavissee. "En el grado más alto, perseguimos la infinita investigación de la verdad, siempre inacabada", agregó el ilustre y venerable Rector de la Universidad de París en un discurso ante los niños de una escuela primaria.

Esos estadios que en realidad son barreras entre nosotros, esa inerte gradación de las etapas en que se divide la enseñanza pública es lo que repudia el doctor Nelson con mucha verdad y mucha justicia. Entre nosotros, la instrucción, en vez de unir, separa. No debe ser así. La cultura, repetimos, debe ser para todos y constituir el más firme lazo de unión entre los miembros de la comunidad social. La enseñanza primaria y secundaria serán preparatorias como sistema pedagógico para los estudios superiores y profesionales; pero las escuelas elementales y los colegios, las escuelas de arte y de oficios, todos los planteles donde se imparta una ense-

ñanza cualquiera, deben ser igualmente, como la Universidad, cada uno por sí mismo, laboratorios de cultura general, accesible a todos los sectores sociales, de modo que la cultura no sea más un privilegio ni un adorno ni una distinción, sino un instrumento indispensable para la vida. Deberá llegar también para nosotros el tiempo en que a la Universidad vengan no solamente los que deseen seguir una carrera profesional, sino todo aquel que quiera dar un nuevo matiz o complemento a su propia cultura. Mientras tanto esto no suceda, la Universidad debe ennoblecer espiritualmente las profesiones, debe quitar a la cultura que ahora suministra su carácter puramente profesional e instilar en los académicos que egresen de sus aulas el espíritu de una cultura superior: concepto del cosmos y de la vida, norma ética personal, conocimiento y crítica de las ideas vivas de la época; todo eso que forma como la sustancia de lo que propiamente llamamos cultura.

Alguno dirá: pero eso es filosofía; eso es propio de la Facultad de Filosofía y Letras, y la Universidad no podrá convertirse toda ella en esa Facultad. Cierto, la cultura es filosofía y algo más: es también ciencia y moral, es religión y es arte; es todo el aporte espiritual, toda la cantidad de ideal que la humanidad ha venido acumulando

penosamente a lo largo de los siglos, y que recibe su interpretación peculiar y su aplicación práctica a la vida en determinados períodos de la historia. La de Filosofía y Letras es en las Universidades la facultad cultural por excelencia; pero quienes a ella se dedican no tienen el monopolio de la cultura. De esta deberán impregnarse todas las facultades sin excepción. "Cuando el joven, preparado mediante estudios particulares, ha doblado el cabo de sus primeros exámenes, y llega a la Universidad, dice Carlos Wagner, dos grandes labores le esperan: asimilarse un programa, crearse una concepción del mundo. La primera le es indispensable para llegar al fin de una carrera; la segunda, para llegar a ser un hombre".

El autor del precioso libro *Juventud* señala aquí el campo en que va a desarrollarse la personalidad de los jóvenes que por vez primera llegan a las aulas universitarias, provistos del bagaje intelectual que adquirieron en los liceos. Serán médicos, abogados, ingenieros, etc.; mas, ante todo, serán hombres; se formarán su propia cultura. Esta segunda labor, dice Wagner, la más importante, está sin embargo abandonada al azar. "De bueno o de mal grado, añade, cada cual se forma una filosofía. Cuando no puede ser positiva es negativa, y no

es poco prejuicio para un hombre verse obligado a escribir nada en el punto en que se trata de lo que se piensa acerca de la vida".

Es necesario, pues, que esa parte de la labor que incumbe a nuestros jóvenes universitarios no esté más abandonada al acaso. Precisa que nuestra Universidad sea de veras el primer centro mantenedor y difusor de la cultura del país, que la organice y dirija a la vez, para que su acción sea más eficaz en la forja de los hombres que han de influir más directamente en la vida nacional. Es de urgencia que nuestra juventud, cuando salga de esta Universidad con un diploma de doctor, lleve también un positivo caudal de cultura. Sería triste que abandonara este centro educativo llevando escrita en el libro de su haber cultural esta desconsoladora palabra: nada. Convertido el fin primordial de la cultura en la mera adquisición de un título profesional, las mismas profesiones se convertirán a la larga en simples modos utilitarios de vivir, ya nadie amará su profesión por sí misma, sino por los rendimientos pecuniarios que le produzca. En un titulado de esta índole, solo queda el profesional: el hombre ha muerto.

Ya en 1891, M. León Bourgeois, Ministro entonces de Instrucción pública de Francia, abogando por el encauzamiento y orienta-

ción de la cultura encomendados a la Universidad, a fin de tener un pensamiento común, una unidad de doctrina para la formación de la inteligencia de la juventud francesa, acentuaba la necesidad de esa unidad de doctrina en lo relativo a la obra de la educación moral, "si la Universidad quiere responder —decía— a su verdadero objeto, si quiere ser lo que debe ser, lo que le país quiere que sea, el foco en que vienen a concentrarse todos los movimientos de la conciencia nacional, para reflejarse en cada generación nueva y dar así impulso y vida a la conciencia de cada uno de sus hijos"... Hermosas palabras que he querido dejar transcritas como la más perfecta síntesis que puede hacerse de la misión de la Universidad.

La obra universitaria debe tener proyecciones sobre la vida nacional. Efectivamente las tiene; pero la acción de nuestra Universidad debe extenderse hasta ser un factor de primera importancia, entre los demás factores que a ello concurren, en la formación y organización de la cultura salvadoreña. No pretendríamos poseer una cultura propia, quiero decir originalísima, que se imponga a otras culturas. La nuestra nos ha sido importada toda ella de afuera. Nuestra cultura es la occidental europea, de filiación grecolatina; caudalosa corriente que viene

desde el Renacimiento, acrecentada y vivificada con las conquistas de la ciencia inductiva. Deber nuestro es conservarla en su integridad, evitar que se mezcle con ingredientes extraños, tal vez estafalarios, de culturas exóticas. Con esa cultura que nos trajo España, poniéndonos así en contacto con el espíritu europeo, debemos formar nuestra cultura, amasando los elementos que de afuera recibimos con el barro autóctono de nuestra personalidad como pueblo. No importa que esa cultura nuestra no sea preponderante, con tal que sea nuestra, con tal que lleve los caracteres de nuestra propia fisonomía. "Es indudable que cada pueblo —dice Eloy Luis André— tiene el deber de forjarse una cultura original, aunque se acuse en formas humanas y universales de civilización; pero es conveniente saber cómo otros pueblos se han formado a sí mismos para huir de un autodidactismo extraviado". Contribuir, entre nosotros, a evitar cualquier extravío en la formación de nuestra cultura, hacer que esta no revista simplemente los caracteres de civilización, de una civilización mediana y postiza por añadidura, será una de las principales funciones de la Universidad. Todos palpamos que nuestra incipiente cultura no solo se muestra superficial, sino desarticulada, difusa, sin sentido, sin orientación.

Así ha sido siempre, tal vez, desde que nacimos a la vida independiente. Nuestra cultura se coloreó en el pasado siglo con los matices de las ideas entonces reinantes; pero mientras ya en las dos últimas décadas del gran siglo que iba a morir, aquella cultura en decadencia se remozaba con la savia de un idealismo nuevo, nuestra generación arribaba al siglo presente repitiendo ideas ya gastadas, con el alma escéptica, frívola, vacía, nutriéndose con el poso de un jacobinismo ideológico desaparecido, abrevando en las fuentes de un positivismo entendido en su peor significación, en su significación esterilizadora de espíritu, mientras demandaba de sus guías mentales un nuevo concepto de vida, una nueva orientación hacia horizontes también nuevos...

Hablar de la Universidad es hablar de la juventud universitaria, en cierto sentido, del porvenir de la nación. La obra de nuestra Universidad ha sido lenta, trabajosa, con alternativas de progreso y decadencia, lo mismo que en las demás Universidades hispanoamericanas. No se crea que en otras Universidades todo ha sido florecimiento y empuje y ascensión ininterrumpi-

da. También en otros países, aún en los de cultura muy avanzada, deficiencias semejantes a las nuestras han retardado la marcha de las Universidades. También en otros países toda reforma universitaria ha tropezado con la falta de elementos indispensables, y, sobre todo, con la escasa preparación intelectual que se da al estudiante en los grados inferiores. En su obra *La filosofía y la escuela* —que es todo un curso fundamental de filosofía científica— Andrés Angiulli, catedrático de la Universidad de Nápoles, pone esa filosofía como base única de la cultura moderna, abogando por su enseñanza gradual desde la escuela primaria hasta la Universidad. En los estudios superiores, dice, “el estudiante debe tomar parte en la obra científica, convertirse en colaborador de la cultura”. Y seguidamente agrega: “Se opone a esto, no sólo la insuficiente preparación de los jóvenes, viéndose obligados los profesores universitarios a repetir las enseñanzas más elementales, sino también la dirección exclusivamente profesional dada a estos estudios”. Esto, en Italia, la cultísima Italia, la cuna del Renacimiento. ¿Por qué vamos nosotros a desesperar de nuestras fuerzas?

En nuestra enseñanza pública se ha producido también como en Europa y en otros países de América esa divergencia de sis-

temas de que tan brillantemente nos habla el insigne peruano Francisco García Calderón como constituyendo un conflicto entre dos pedagogías: la enseñanza clásica o humanística y la positiva o científica. Esa discordancia de sistemas educacionales se bifurcó en dos corrientes opuestas: quienes proclamaban la necesidad de dar preferencia, como base de toda enseñanza, a los estudios científicos sobre las llamadas humanidades, y viceversa, y quienes negaban por completo la necesidad de los estudios clásicos, reduciendo la enseñanza pura y exclusivamente a los estudios científico-positivos. Angiulli, en su mencionada obra, como eminente maestro de la filosofía científica, se destaca en Italia entre los primeros, dando primacía a la ciencia sobre el humanismo literario. Pertenecen al grupo negador de toda enseñanza clásica muchos positivistas radicales, algunos entre ellos mediocres, de esos "que creen que el hombre fue tonto hasta que apareció en el mundo la filosofía de los boticarios", como dijo Clarín.

Entre nosotros, los dirigentes de la instrucción nacional optaron por la supresión de las humanidades, con el sano propósito, no de hacernos sabios, sino de formarnos una cultura esencialmente científica, sin más metafísica ni literaturas.

Muchos opinarán que nuestra cultura ha resultado gananciosa con la adopción de ese sistema. Tal vez como un cambio de frente, como reacción contra la enseñanza puramente clásica y escolástica, se hizo necesaria en su tiempo; pero muchos creen, últimamente, que ese otro exclusivismo más bien fue perjudicial que beneficioso a la preparación intelectual de las nuevas generaciones. Recuerdo haber oído, una vez, en la clase de Estadística, al sabio maestro doctor Santiago I. Barberena decir, incidentalmente, que el peor mal que se le había hecho a la juventud estudiosa era haberle quitado la base de las humanidades y que algún día ese error tendría que ser rectificado.

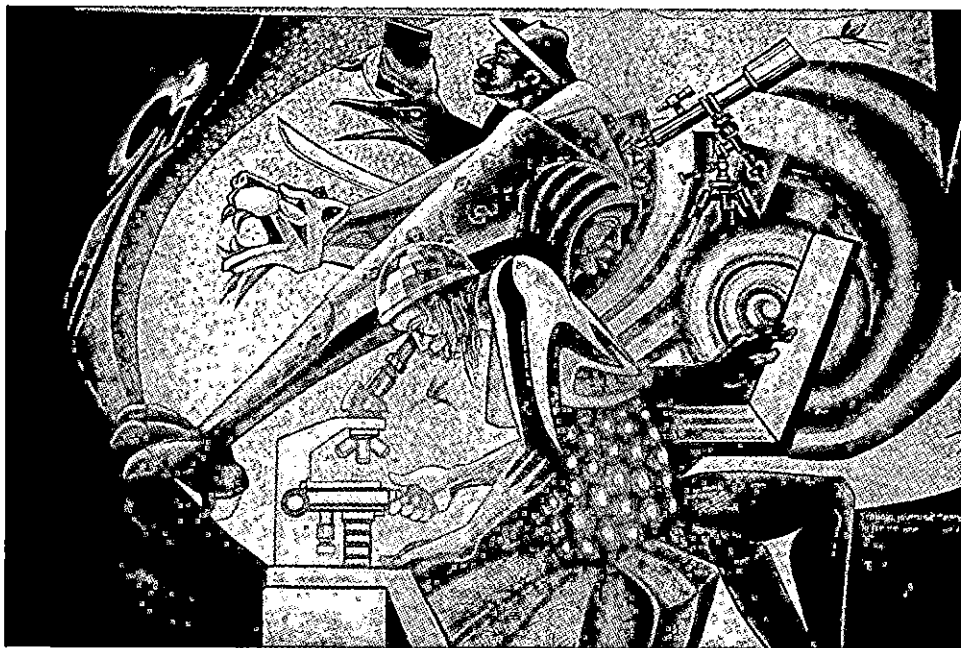
Para nosotros, por el momento, no tiene interés la disputa sobre la preferencia que haya de darse a una u otra enseñanza: basta que al fin se haya reconocido la necesidad de una restauración de los estudios clásicos; basta con que se reconozca, en lo general, que tanto la ciencia como las humanidades son de absoluta necesidad para la formación de una cultura completa. Cuando la ciencia experimental apenas balbucía sus primeras afirmaciones, las humanidades eran toda la cultura. Los romanos dieron a la palabra "humanidad" distinto significado del que daban los griegos a la palabra "filantropía";

para ellos humanidad equivalió a educación por medio de las artes y las letras, pues consideraban a estas como las supremas actividades humanas, las únicas propias y diferenciales del hombre. Letras humanas, humanidades, fueron en la antigüedad sinónimos de educación y de cultura. Al suprimir, pues, de nuestros estudios las humanidades, la educación de nuestra juventud quedó mutilada.

Otro de los graves prejuicios ocasionados a la cultura nacional, como antes he dicho, tal vez consecuencia natural de la oposición sistemática a la enseñanza clásica superior, ha sido el concepto erróneo que generalmente priva entre nosotros respecto a la instrucción primaria o elemental, considerándola como la única necesaria, como la sola enseñanza que debe impartirse y fomentarse, siendo la secundaria una cosa accesorio o de lujo, y la universitaria, algo que toca al interés personal exclusivamente. Para quienes así piensan, los colegios, los liceos, el Instituto Nacional, no tienen mayor importancia; la Universidad no es una institución de utilidad pública: más bien debería suprimirse. Para quienes así piensan, bastaría saber leer, escribir y contar para poder asumir hasta la misma dirección de la vida pública nacional. Este concepto, verdaderamente pri-

mario, juzgado con benevolencia, solo supone una confusión mental de lo que significa la necesidad de difundir e intensificar la primera enseñanza, como base de la cultura popular, y un desconocimiento absoluto del valor y significación de la cultura misma. Razones meramente económicas que se invoquen para atender de preferencia lo más urgente, como es la instrucción pública primaria, no deben extenderse hasta negar, en tono de suficiencia y comprensión, todo el contenido de la cultura.

Es preciso levantar el espíritu de nuestra Universidad. En la obra de mejoramiento universitario, es al estudiante a quien más de cerca interesa poner su buena voluntad y su cooperación; es al estudiante a quien más directamente corresponde mantener sin mengua los prestigios de este Instituto. Cualquier esfuerzo que se haga en pro de este centro será vano, si no cuenta en primer término con la firme y constante colaboración de los mismos jóvenes que aquí completan sus estudios. Alma de esta cooperación estudiantil son disciplina y seriedad. No entendemos por disciplina sujeción inconsciente a una autoridad, ni menos servilismo. Disciplina es concentrar en nosotros mismos nuestras fuerzas morales e intelectuales, es evitar que se dispersen y malgasten, es



Detalle de mural ubicado en el Teatro Universitario.



Rafael Menjívar Larín